



do hasta Coria, a doce leguas de *Plazencia*, el 10 de marzo de 1784. ¿Qué harían los vecinos de Coria al ver llegar por el cristal maleable del aire semejante pez? Se asustarían a buen seguro, como los vecinos de cualquier puerto de mar si viesan llegar a tierra, nadando, un dulce oso.

Pues bien, los globos subían, subían, a finales del xvii y principios del xix. Y a veces, si los dueños estaban muy enamorados, invitaban a sus novias, y en la alta mar del aire, cuando no había ya el riesgo de que los oyesen, las decían así:

— ¡Es usted la mujer más hermosa del globo!

Y ellas se emocionaban siempre.

Era el momento de soltar el primer saquito de lastre.

En la época de nuestros abuelos la subida en globo era un espectáculo que sabía muy bien en el campo y con merienda.

Don Francisco de Cossío describe en su novela *Elvira Colona, o el Final de un siglo*, en una ciudad castellana que parece ser Valladolid, la ascensión de un globo pilotado por un pisaverde de la localidad.

Toda la ciudad ha corrido a verle caer. En el descenso, el elegante se tuerce un tobillo.

Esto de ver caer a los demás es casi siempre un espectáculo, y ya en el campo y con merienda, una delicia.

¡Globos de nuestros bisabuelos y abuelos! Coches volantes, barcas volantes, peces que cambiasteis de elemento para subir «sic itur ad astra», todos mis sueños de hombre apegado a la tierra firme os acompañan!